

—Yo seré—respondió Gorka—el que le enviaré á usted dos de los míos. Me pagará usted su ademán, se lo juro.

—Como usted quiera, dijo el otro.—Acepto por adelantado todas las condiciones. Le pido á usted, no obstante, una cosa, que no se pronuncie nombre alguno. Interesa á muchas personas. Convengamos en que hemos tenido una disputa en la calle, que nos hemos hablado mal y que yo le he amenazado á usted.

—Sea—dijo Boleslas después de su silencio—tiene usted mi palabra.

—He aquí un hombre—se decía cinco minutos después en su coche, que rodaba por las calles, y después de haber dado al cochero la dirección del palacio de Castagna. ¡Sí... es un hombre! Ha recobrado su serenidad al momento, y á mí me ha faltado sangre fría. Estaba nervioso. Es igual. Tendré el disgusto de dar un mal golpe á este mozo. Pero, paciencia, el otro no perderá nada por esperar.



VI

Las inconsecuencias de un viejo chuan.

Mientras el insensato Boleslas corría á casa de Ardea, para pedirle con una especie de salvaje alegría que asistiera como testigo al más irracional de los duelos, Florent Chaprón no se preocupaba más que de impedir á toda costa que su cuñado sospechase su cuestión con el antiguo amante de la señora Steno y el desafío que de ella iba á resultar. Su amistad apasionada por Lincoln era tan fuerte que le preservó del enervamiento que precede ordinariamente á un duelo, sobre todo cuando el que va por vez primera al terreno ha descuidado el manejo de la espada ó de la pistola. Tratándose de un es-

grimidor ó habituado á las salas de armas, aunque no sea más que mediano, un encuentro se traduce por imágenes del detalle que dan al peligro y no sé qué de indeterminado y de ciego, y por tanto, casi absurdo. Concibe el hombre la posibilidad de la lucha, de una acción en que portarse valientemente. Piensa en una parada, en el modo de oprimir el gatillo de su arma. Esto basta para darle una sangre fría que la absoluta ignorancia no sabría guardar á menos de no estar sostenida por uno de esos sentimientos profundos más fuertes que la carne ó la sangre. En este caso estaba Florent. Aquel Dorsenne que poseía un olfato casi físico de las cosas del corazón, no se engañaba: el pintor tenía en el hermano de su mujer el sacrificio de una completa abnegación. Podía exigir todo lo que quisiera de aquel mameluco, ó más bien de aquel esclavo, pues la sangre de los esclavos, sus antecesores, se manifestaba en Chaprón, por una absorción total de su personalidad. El atavismo de la esclavitud produce dos efectos que únicamente en apariencia son contradictorios: ó el sacrificio, ó la perfidia. Una y otra de estas disposiciones morales estaban encarnadas en el hermano y en la hermana. Se habían distribuido, como alguna vez sucede, el doble carácter de su raza: había el uno heredado toda la virtud de la inmolación, la otra todo el poder de la hipocresía. Pero el drama provocado por la coquetería de la señora Steno, y definitivamente desencadenado por el frenesí de Gorka, debía poner en claro aquellos dos estados morales que Dorsenne presentía sin comprenderlos bien. Ignoraba las circunstancias en las que Florent se había desarrollado, así como la naturaleza de su amistad con Maitland, y el modo como éste se había decidido á ca-

sarse con Lydia, en fin, una excepcional y larga historia que es preciso contar para esclarecer las relaciones singulares de aquellos tres seres.

Como se ha visto, la brutal alusión de Boleslas contra su sangre negra había hecho perder á Florent la paciencia hasta el punto de levantar su bastón contra su insolente interlocutor. Aquella tacha de origen, oculta con el más celoso cuidado, representaba para el joven lo que para su padre había representado; el punto vital de su amor propio, la secreta y constante humillación. Esta sangre negra era tan poca, tan poca, que preciso era estar advertido para conocerla, pero había bastado para que la estancia en América les fuese tanto más intolerable á los dos cuanto que tenían el grande y legítimo orgullo de su nombre, un nombre que el Emperador ha mencionado en Santa Helena como el de uno de sus más valientes oficiales. El abuelo de Florent era, en efecto, aquel coronel Chaprón, que ante el Dnieper, y como Napoleón desease una noticia del enemigo, atravesó el río á nado con su caballo, persiguió á un cosaco en la otra orilla, le corrió como á un ciervo, le puso aterrorizado sobre su silla y le trajo al campo francés. Cuando cayó el Emperador, aquél héroe que estaba comprometido de una manera irreparable en el ejército del Loire, abandonó su país, y acompañado de un puñado de sus antiguos soldados, fué á fundar al S. de los Estados Unidos, en la Alabama, una especie de colonia agrícola á la que aquellos valientes dieron el nombre, que aún conserva, de Arcola, melancólico é inocente homenaje á la fabulosa epopeya de su vida. ¡Qué lejos estaba ésta en 1820! ¡Quién hubiera conocido al bizarro coronel que entró al lado de Montbrun en el corazón de la Grande Redoute, en

el plantador de cuarenta y cinco años, preocupado de sus algodones y de sus cañas de azúcar, que por otra parte logró hacer fortuna en poco tiempo á



fuerza de juicio y de energía! Este feliz éxito, conocido en Francia, fué la causa indirecta de aquella otra emigración conducida á Tejas por el general Lallemand y que tan mal terminó. El coronel Chaprón, como se supone, no había adquirido recorriendo Europa nociones muy escrupulosas sobre las relaciones de los dos sexos, pero, no obstante, habiendo hecho madre á una lindísima y dulce mestiza que había encontrado en un viaje á Nueva Orleans y llevado á Arcola, uniéndose íntimamente á aquel pobre ser y á su hijo

que, aparte una pequeña diferencia en la tez y en los cabellos, aquel niño era su vivo retrato. Al morir el antiguo soldado, y no teniendo á nadie más, dejó toda su fortuna

á este hijo, al que puso el nombre de Napoleón. Mientras él vivió, nadie entre sus vecinos osó tratar al joven de otro modo que su padre. No sucedió lo mismo cuando el prestigio del soldado del Emperador no pudo proteger al mozo contra esa aversión de la raza, que es, naturalmente, un prejuicio, pero que socialmente significa un instinto de conservación de una infalible seguridad. Los Estados Unidos se han engrandecido por esta condición. La mezcla de las sangres ha disuelto esta admirable energía anglosajona, como la lucha contra una naturaleza á la vez muy rica y muy rebelde les ha exaltado para producir tan asombrosos esplendores.

Napoleón Chaprón, rechazado en varias tentativas de matrimonio, contrarrestado en su explotación, humillado en veinte circunstancias por los antiguos compañeros del coronel, llegó á convertirse en una especie de misántropo. Vivió únicamente sostenido por una doble voluntad: acrecentar desmesuradamente su fortuna por una parte, y por otra casarse con una mujer blanca. Y hasta la edad de los treinta y cinco años, en 1857, no realizó el segundo de estos dos proyectos. En el curso de un viaje á Europa, se enamoró en el barco de una joven institutriz inglesa, que venía del Canadá llamada por grandes desgracias de familia. La volvió á ver en Londres. Ayudóla con tal delicadeza, que ella consintió en ser su mujer. De esta unión nacieron, con un año de diferencia, Florent y Lydia. Esta última costó la vida á su madre, precisamente en el momento en que la guerra de sucesión comprometía la fortuna de Chaprón que, afortunadamente para él, había, en su deseo de enriquecerse pronto, colocado su dinero en diversos negocios. No se encontró más que arruinado á medias.

Solamente esta semirruina le impidió volver á Europa, como había pensado hacerlo. Tuvo que permanecer en Alabama para reparar el desastre, cosa que consiguió, pues á su muerte, ocurrida en 1880, sus dos hijos heredaron cada uno más de cuatrocientos mil dollars. No se había limitado el sacrificio de aquel padre incomparable á la formación de esta gran fortuna, sino que había tenido el suficiente valor para privarse de aquellos dos seres á los que adoraba, á fin de evitarles las humillaciones de una escuela americana, enviándoles desde los doce años á Inglaterra: al hijo á los jesuitas de Beaumont; á la hija á las religiosas del Sagrado Corazón, en Roehampton. Después de permanecer en estos dos sitios cuatro años, les había hecho pasar á París: Florent á Vaugirard, Lydia á la calle de Varenne, y en el momento en que, habiendo realizado sus cuatro millones, se disponía á ir á vivir con ellos en un país sin prejuicios, una apoplejía le mató siendo aún joven. La doble mella que dejan el trabajo y el disgusto habíase apoderado de uno de esos organismos, como los que á menudo producen el cruce de la raza blanca y de la raza negra, atléticos en apariencia, pero de una sensibilidad demasiado viva y en la que la resistencia vital no está en proporción con el vigor muscular. Aquel hombre contaba apenas sesenta años.

Por mucho que se hubiese esforzado él, tan herido por la tacha de su nacimiento, en preservar á sus hijos de pruebas semejantes, no había podido impedir que desde que su hijo entró en el colegio de Beaumont comenzaran aquéllas. Los pequeños camaradas con los que Florent se había encontrado en relaciones, en fondas ó paseos, durante su estancia en América, le habían ya hecho sentir aquella

humillación de la sangre por la que tanto sufrió su padre. El colegial de doce años, taciturno y locamente sensible, que hizo su aparición en el *lawn* del apacible colegio inglés una mañana nebulosa de otoño, llevaba allí un amor propio que ya sangraba, y fué sorprendido deliciosamente al encontrarse en medio de camaradas de su edad que no parecían sospechar que hubiese una diferencia que les separase de él. Hacía falta el golpe de vista de un yankée para distinguir en las uñas de aquel adolescente la gota de sangre negra ya tan lejana. Entre un mestizo y un criollo, jamás un europeo ha podido establecer diferencia. Florent había sido presentado como lo que realmente era: el nieto de uno de los mejores oficiales del Emperador. Su padre tuvo cuidado de hacerle pasar por francés, y sus compañeros no habían visto en él más que un escolar como ellos, que llegaba por azar del Alabama, es decir, de un país casi tan quimérico como el Japón ó la China.

Todos los que en la primera juventud han conocido las terribles torturas de la aprensión, juzgarán cuál sería la angustia del pobre niño cuando después de cuatro meses de una vida común abierta al calor de las simpatías, uno de los Padres jesuitas que dirigían el colegio le anunció, creyendo darle una agradable nueva, la próxima llegada de un americano, del joven Lincoln Maitland. Experimentó Florent tan violenta sacudida, que tuvo realmente fiebre durante cuarenta y ocho horas. Después de muchos años, recordaba aún qué ideas le habían invadido el día en que, sabedor de la llegada de Lincoln, bajó de su cuarto al refectorio común seguro de que, al hallarse frente á su camarada, éste le recibiría con esa desdeñosa mirada que

sufrió tan frecuentemente en los Estados Unidos. No tenía duda de que, una vez descubierto su origen, la atmósfera de agrado y amistad que le rodeaba, se cambiaría en manifiesta hostilidad. Se veía atravesando el patio, llamado repentinamente por el Padre Roberts—era el maestro que le había advertido—y recordaba su sorpresa cuando Lincoln Maitland le había estrechado vigorosamente la mano como un compatriota que encuentra á otro. Más tarde debía comprender que esta acogida era natural viniendo del hijo de una inglesa, educado por ella y traído de Nueva York á Europa antes de cumplir los cinco años, para vivir allí en un medio tan poco americano como era posible. Chaprón no ratiocinó de este modo entonces. Tenía el corazón demasiado tierno. El reconocimiento entró en él de golpe, tan apasionado como había sido su infantil espanto de un momento antes. Una semana después Lincoln Maitland y él eran amigos tan íntimos como si no se hubieran separado de su nacimiento.

Esta afección que no hubiera sido para la naturaleza indiferente de Maitland más que un casual episodio de colegio, debía llegar á ser para Florent el sentimiento más serio y más completo de su vida! Esas fraternidades de elección, la flor más bella y delicada del hombre, se desarrollan comúnmente en la adolescencia. En el período de los diez á los diez y seis años, edad ideal propia para la amistad apasionada, cuando el alma está pura, fresca, virgen aún y fecunda en generosos proyectos para el porvenir. Entre los dos amigos se forman proyectos; se sueña con un compañerismo casi místico con el amigo, para el que no se tiene secreto alguno, cuyo carácter se ve como al través de una luz de nobleza, y al que pretendemos parecernos. Son éstos, tra-

tándose de dos niños que piensan juntos ante un problema de aritmética ó una lección de historia, verdaderos poemas de ternura, de los que el hombre sonreirá después, encontrando lejos de él para todos los gustos, para todas las ideas, para el ser de su ser, en una palabra, á aquél que deseó fuera su hermano. Sucede, no obstante, que en ciertas naturalezas de una sensibilidad precoz y fiel á la vez, este sueño de la vida afectiva adquiere tal intensidad que la amistad persiste al través primero del sueño de la sensualidad, que mata tantas delicadezas, y después al través del primer tumulto de la experiencia social, no menos mortífera para los ideales de la adolescencia. Así le sucedió á Florent Chaprón, fuese que su carácter, á la vez feroz y sumiso, le hiciese más propio para esta abdicación de la personalidad propia que la amistad supone, fuese que lejos de su padre y hermana, y huérfano de madre, su corazón experimentase la necesidad de unirse á alguien; fuese, en fin, que Maitland ejerciese sobre él un prestigio especial por sus cualidades contrarias á las suyas. ¿Fragil, fué seducido por la fuerza y la destreza que su amigo mostraba en todos los ejercicios? ¿Tímido y taciturno, fué dominado por el aplomo de aquel enérgico atleta? ¿Las maravillosas disposiciones para el arte que desplegó el otro en aquellos años, le conquistaron, como también la simpatía por las desgracias que el otro le relató y que le hicieron más daño quizás que al que las sufría? Gordón Maitland, el padre de Lincoln, de una excelente familia de Nueva York, había muerto como un valiente en la batalla de Chancellorsville, durante aquella misma guerra que debió arruinar al padre de Florent. Mistres Maitland, pobre hija del rector de una iglesia presbiteriana

de Newport, y que sólo se había casado por la fortuna de su marido, no tuvo, una vez viuda más que una idea: *to go abroad*, como ellos dicen, marcharse. ¿Dónde? A Europa, lugar vago y fantástico donde pensaba llamar la atención por su talento y su hermosura. Era linda, vanidosa y tonta, y aquel viaje en persecución de un papel indeterminado que representar en el viejo mundo, redujose á pasar dos años corriendo de fonda en fonda. Después de esto, se casó con el hijo segundo de un pobre par de Irlanda, llevada de la quimera de entrar en aquel Olimpo de la aristocracia británica, con la que tanto había soñado. Ella y su hijo se habían hecho católicos para obtener aquel resultado que le salió caro, pues no solamente el gran señor arruinado que la dió su mano, era brutal, borracho y cruel, sino que á estos defectos unia el de ser uno de los más encarnizados jugadores del Reino Unido. Alejó á su hijastro de su casa, maltrató á su mujer y murió hacia 1880, después de haber devorado la fortuna de la pobre criatura y parte de la de Lincoln. En aquel momento éste, á quien su padrastro había dejado en completa libertad, y que desde su salida de Beaumont trabajaba en su arte un poco en todas partes, en Venecia, en Roma y en Paris, se encontraba en esta última ciudad siendo uno de los primeros discípulos en el estudio de Bonnat. Viendo á su madre arruinada, sin recursos á los cuarenta y cuatro años, persuadido de su glorioso porvenir, tuvo uno de esos arranques propios de la juventud y que prueban menos la generosidad que el orgullo de la vida. De los quince mil francos de renta que le quedaban, cedió doce mil quinientos á su madre. Conviene añadir que no había transcurrido un año de esto cuando se casó con la hermana de su com-

pañero de colegio... y con cuatrocientos mil dollars. Había visto la miseria y sentido miedo. Su buena acción con su madre le servía para justificar á sus propios ojos el carácter puramente interesado de aquella combinación, que dejaba libre para siempre á su pincel. Hay conciencias de artistas que son así: aquél no se hubiera perdonado nunca una concesión de su arte. Consideraba viles á los pintores que mendigan el éxito, y encontraba natural tomar los dos millones de la señorita Chaprón, á la que no amaba, y por la que, ahora que se había engrandecido y trabado amistad con algunos de sus compatriotas, no estaba lejos de sentir también el prejuicio de la raza. La gloria del coronel del Imperio y la amistad por "aquel bueno de Florent", como él decía, lo cubrieron todo.

¡Pobre y bueno Florent, en efecto! Aquel matrimonio fué para él la novela de su juventud realizada. Le deseaba desde la primera semana que Maitland le dió el apretón de manos que les había unido. Vivir á la sombra de su amigo, convertido en cuñado y en ídolo; no soñaba solución mejor para su propio destino. Los defectos de Maitland desarrollados en toda su plenitud por la edad, la fortuna y el éxito—recuérdese el triunfo de su *Mujer en violeta y amarillo* en la Exposición de 1884,—encontraron á Florent tan ciego como en la época en que jugaban ambos al *cricket* en las praderas de Beaumont. Dorsenne había diagnosticado muy exactamente allí uno de esos hipnotismos de admiración que los artistas grandes ó pequeños inspiran á menudo. Solamente que el novelista, que generalizaba siempre muy de prisa, no había comprendido que el admirador en Florent estaba ingerto en un amigo digno de ser pintado por La Fontaine ó por Balzac,

los dos poetas de la amistad, el uno en su sublime y trágico *Cousin Pons*, el otro en aquella corta pero divina fábula donde se encuentra este verso, uno de los más tiernos de la lengua:

“Vous m’êtes, en dormant, un peu triste apparu...”

Florent no amaba á Lincoln porque le admiraba; le admiraba porque le amaba. No era justo al considerar á Lincoln como uno de los mejores pintores desde treinta años há; pero si aquél no hubiese tenido ni la elegancia de su dibujo, ni la fuerza de colorido, ni la finura ingeniosa de su imaginación, el otro no hubiese puesto menos ardor al servicio del trabajo y de la gloria del artista. Cuando Lincoln había querido viajar, había encontrado en su hermano el más diligente de los corredores; cuando necesitaba de un modelo, no tenía más que pronunciar una palabra y Florent iba á buscarle. ¿Exponía Lincoln en París ó en Londres? Florent se encargaba de todos los pasos y embalajes precisos, viendo á los periodistas y los mercaderes de cuadros, hasta escribiendo las cartas de agradecimiento por los artículos con una letra tan parecida á la del pintor, que este último no tenía más que firmar.

Lincoln había deseado volver á Roma.

Florent habilitó la casa de la calle Leopardi, haciendo la instalación antes que Maitlant, entonces en Egipto, hubiese concluido un gran estudio comenzado en el momento de la partida del otro.

Florent, á fuerza de afecto, había llegado á comprender la pintura como el pintor mismo.

Esto lo dirá todo para los que han frecuentado de cerca el trato de los artistas y sabe qué distancia los separa del aficionado.

Este puede juzgar y sentir.

El artista sólo y quien ha manejado el pincel sabe ante un cuadro cómo está hecho, la razón de las pinceladas, en fin, la trituración de la materia por el obrero; esto es bastante para que la opinión del más ingenioso aficionado sea nula á sus ojos.

Florent había visto tantas veces trabajar á Maitland, le había prestado tantos pequeños servicios efectivos en el taller, que cada uno de los cuadros de su hermano estaba vivo para él.

Cuando los veía en los muros de las galerías, le recordaban una intimidad que era á la vez su más grande alegría y su mayor orgullo.

En fin, la absorción de su personalidad en la de su antiguo camarada era tan total, que le había llevado á la anomalía que el mismo Dorsenne encontraba casi monstruosa, á pesar de su indulgencia por las singularidades psicológicas. Florent era cuñado de Maitland, y parecía encontrar natural que éste tuviese aventuras fuera de su matrimonio si las emociones de estas aventuras debían ser útiles á su talento.

Tal vez este largo, y, sin embargo, incompleto análisis, permitirá comprender mejor qué emociones agitaban al joven mientras subía la escalera de su casa—suya y de Lincoln—después de su inesperada disputa con Boleslas Gorka.

Por lo menos, atenuará la severidad de las conciencias sencillas. El primer efecto de toda pasión intensa es debilitar en torno suyo el vigor de otros instintos.

Chaprón era un amigo demasiado fanático para ser un buen hermano. Le parecía muy sencillo y muy legítimo que su hermana estuviese al servicio del genio de Lincoln, como él mismo lo estaba, y, por otra parte, no sospechaba que desde el matri-

monio con su amigo aquella hermana había sido agitada por la tempestad de una tragedia moral.

¿Cómo había de conocer á Lydia, á aquella mujer silenciosa y reconcentrada sobre la que se había formado una opinión para siempre, como es uso casi constante de pariente á pariente? Los que nos han conocido jóvenes son como los que nos ven diariamente. La imagen que de nosotros hacen reproduce siempre lo que fuimos en determinado momento, casi nunca lo que en realidad somos.

Florent consideraba á su hermana como muy buena, porque así la había juzgado en otra época; como muy dulce, porque nunca se había puesto frente á él; como poco inteligente, porque no parecía interesarse lo bastante en el trabajo del pintor; como muy vanidosa, en fin.

En cuanto al martirio y á la rebelión ocultos en aquella criatura oprimida, pulverizada entre la ciega parcialidad de su hermano y el egoísmo de un marido despreciable, él no sospechaba nada, y menos de las resoluciones terribles, de las que bajo aquella aparente resignación era capaz.

Si Florent tuvo miedo cuando la señora Steno había comenzado á interesar á Lincoln, fué únicamente por lo que al trabajo de este último se refería, y más porque desde hacía un año en aquél se revelaba, no una decadencia, pero sí una turbación en la pintura del artista, demasiado voluntaria para no ser desigual.

No hay nada tan constante en nosotros como lo que se realiza por instinto y con entera inconsciencia.

Después Florent había visto, por el contrario, que el numen de Maitland se animaba al calor de aquella intriga. El retrato de Alba se anunciaba

como un magnífico estudio, digno de ser colocado junto á la famosa *Mujer en violeta y amarillo* que los envidiosos de Lincoln recordaban siempre.

Por otra parte, el pintor había acabado con alegría sin igual dos grandes cuadros medio abandonados.

Ante esta evidencia de una fiebre de producción más activa cada vez, ¿no había Florent de bendecir á la señora Steno en lugar de maldecirla, sobre todo cuando bastaba con que cerrase los ojos y fingiese que nada sabía para que su conciencia estuviera tranquila en lo que se refería á su hermana?

Lo sabía todo, sin embargo.

La prueba de ello estaba en el estremecimiento de su ser cuando Dorsenne le anunció la llegada clandestina á Roma del otro amante de la señora Steno, y una prueba más cierta todavía en el arranque que le había precipitado ante Boleslas, en disposición de parlamentar con el criado.

Encontrábase ahora con que era el que había aceptado el duelo que un rival exasperado había sin duda querido proponer á su querido Lincoln, y no pensaba más que en este último.

—Es preciso que él no sepa nada hasta después. Sin esto querría tomar para sí el asunto, y yo tengo la probabilidad de matar á Gorka, de herirle al menos. En todo caso, yo me las compondré para que se haga imposible un segundo duelo con ese loco. Pero primero asegurémonos que no hemos hablado tan fuerte para que las voces de ese perillán se hayan oído arriba.

En estos términos calificaba, con la mejor buena fe, á su adversario del siguiente día. Un poco más, y hubiera juzgado imperdonable en Gorka que no agradeciese á Lincoln el que éste le hiciera el gran

honor de sucederle en el amor de la Condesa. Entretanto se trataba de lanzar una mirada al estudio. Cuando aquel amigo devoto hasta la complicidad, pero también hasta el heroísmo, entró en la vasta pieza, pudo notar, á la primera ojeada, que había calumniado la voz del celoso, y que nada se había oído en aquel apacible asilo del trabajo. El estudio del pintor americano estaba amueblado con la suntuosidad armoniosa que los verdaderos artistas, una vez ricos, saben desplegar en torno de ellos. El gran trozo de cielo visto al través de la ventana, cubierta de cristales, aclaraba un rincón verdaderamente romano—de la Roma de hoy—que atestigua un esfuerzo hacia una ciudad nueva al lado de la antigua. Se distinguía un ángulo de antiguo jardín evidentemente mutilado por una construcción reciente, y el fragmento de un edificio antiguo, con un campanario de iglesia un poco más allá. Sobre este fondo azul de verdura y de ruina, en un horizonte más lejano, pero compuesto de los mismos elementos, debía destacarse el perfil de la joven, dibujado con el estilo severo de aquel *Pierdella Francesca*, que desde hacía seis meses preocupaba á Maitland hasta la obsesión. Todos los grandes productores de una originalidad más compositiva que genial, tienen esos entusiasmos, gracias á los que renuevan su punto de vista y su estilo mismo. Maitland estaba ante su caballete vestido con la elegancia correcta que es el sello constante de los anglo-sajones. Con sus zapatos charolados, sus finos calcetines negros punteados de rojo, su chaqueta de seda, la perla de su corbata clara y la limpieza de su camisa, tenía el aire de un *gentleman* aplicado á su labor de aficionado, y no el de un paciente y laborioso obrero del arte, como realmente era. Pero sus lienzos y

estudios colgados de todas partes, entre los tapices, las armas y los libros, recordaban esa paciente labor. Era la

historia de una energía encarnizada para la adquisición de una personalidad, que siempre huía. Maitland manifestaba en sumo grado ese rasgo común á casi todos los hombres de su país llegados á Europa, ese íntimo deseo de no hacer mal papel en la civilización, que se explica por el hecho de que el americano es un ser dotado de una actividad incomparable y desprovisto de tradición. No ha nacido cultivado, maduro, ya pulido virtualmente si se puede decir, como un niño del viejo mundo. Se tiene que crear á sí mismo, en todas sus partes, á fuerza de



voluntad. Con dones superiores, pero físicos, Maitland era un *self made man* del arte, como su abuelo había sido un *self made man* del dinero y su padre un *self made man* de la guerra. Había tenido en su mano y en sus ojos los maravillosos útiles de pintura, y en su perseverancia un útil más maravilloso aún. Debía siempre de faltarle ese no sé qué de local que da á ciertos pintores muy inferiores la superioridad del sabor de la tierra. No se puede decir que no tuviere inventiva y novedad; y, sin embargo, en cualquiera de sus cuadros se advertía que era un ser de cultura y de adquisición. Los estudios esparcidos por el taller indicaban, primero la influencia de su primer maestro, del sólido y sencillo Bonnat. Después había sido tentado por los prerrafaelistas ingleses, y una hermosa copia del famoso *Canto de Amor*, de Burne Jones, atestiguaba la reacción á un arte más sutil, más penetrado de esa poesía que los pintores de profesión tratan desdeñosamente de literaria. Pero Lincoln era demasiado vigoroso para sujetarse á las languideces de semejante ideal, y bien pronto había tomado otros maestros. La España le había conquistado, y con especialidad Velázquez, ese colorista de una fantasía tan particular, que después de una visita al Museo del Prado se lleva la impresión de que se acaba de ver la única pintura digna de este nombre. El fuego del gran español, aquellas pinceladas despóticas, y que parecen poner el color en el fondo del cuadro para hacerle resaltar en detalles casi sólidos, su ausencia absoluta de intención abstracta y la novedad que afecta ignorar enteramente el pasado, todo lo contenido en aquella fórmula del arte convenía al temperamento de Maitland. Obedeciendo á estos principios había pintado su obra maestra, aquella *Mujer en violeta y amari-*

llo, de la que una copia reducida hecha por él mismo veíase en su estudio. Pero no se detuvo aquí. La Italia le había entusiasmado, y los florentinos, los más opuestos á Velázquez, esos pintores con mezcla de escultores y que confinan con los artifices; los Pollajuoli, Andrea del Castagno, Paolo Uccelo, y últimamente Pier della Francesca. Tal vez el éxito del delicado y fuerte John Sargent, el único de los rivales de Maitland, al que éste temía verdaderamente, había exasperado en él el deseo de renovar su estilo. Jamás se hubiera creído que la misma mano que había pintado con pinceladas tan valientes la *Mujer en violeta*, fuera también la que dibujaba el retrato de Alba, con dibujo severo, casi rígido. En el instante en que Florent entró en el taller, este trabajo absorbía de tan completo modo la atención del pintor que no oyó abrirse la puerta, como tampoco la señora Steno, que fumaba un cigarrillo, acostada perezosamente en el diván, y muy feliz, con sus ojos medio cerrados fijos en el hombre á quien amaba. Lincoln adivinó que alguien llegaba por el cambio de la fisonomía de Alba. ¡Dios mío! ¿qué pálida estaba aquella mañana, sentada con la inmovilidad del modelo en un gran sillón heráldico esculpido, con las manos como crispadas en los brazos del mismo, la boca llena de amargura, los ojos profundos y fijos! No podía saber que su destino se aproximaba con la entrada de Florent, el cual, como había salido del estudio poco antes, justificó su vuelta con un pretexto.

—Soy yo que vuelvo—dijo—, se me olvidó preguntarte si quieres definitivamente comprar los tres dibujos de Ardea al precio en que los ofrece.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted ayer?—interumpió la Condesa—. Esta mañana he vuelto á